

ORANDO CON LA PALABRA

(Domingo 6º del Tiempo Ordinario)

“Jesús bajó del monte con los Doce, se paró en una llanura con un grupo grande de discípulos y una gran muchedumbre del pueblo, procedente de toda Judea, de Jerusalén y de la costa de Tiro y de Sidón. Él, levantando los ojos hacia sus discípulos, les decía: “Bienaventurados los pobres, porque vuestro es el reino de Dios. Bienaventurados los que ahora tenéis hambre, porque quedaréis saciados. Bienaventurados los que ahora lloráis, porque reiréis. Bienaventurados vosotros cuando os odian los hombres y os excluyan y os insulten y proscriban vuestro nombre como infame, por causa del Hijo del Hombre. Alegraos ese día y saltad de gozo, porque vuestra recompensa será grande en el cielo. Eso es lo que hacían vuestros padres con los profetas. Pero ¡ay de vosotros, los ricos, porque ya habéis recibido vuestro consuelo!, ¡Ay de vosotros, los que estáis saciados, porque tendréis hambre!. ¡Ay de los que ahora reís, porque haréis duelo y lloraréis!. ¡Ay si todo el mundo habla bien de vosotros!. Eso es lo que vuestros padres hacían con los falsos profetas”

(Lucas 6,17.20-26)

La Palabra, en el texto nos presenta una escena especialmente significativa, Jesús al ver la gran muchedumbre que le sigue, les invita a sentarse cerca y a escuchar su voz que les va a presentar uno de los núcleos más genuinos de su mensaje. Las Bienaventuranzas acarician la montaña y el corazón de las gentes. Recogen el programa que Jesús les ofrece para ser felices, los rasgos que han de caracterizar y expresar, el espíritu de los seguidores de Jesús.

Hoy, en una sociedad que identifica felicidad con dinero, poder y sexo, que pretende vender felicidad con un coche, un viaje o unas deportivas...las Bienaventuranzas siguen rompiendo los esquemas de lo que la sociedad considera ser feliz.

Para nosotros los creyentes en Jesús, las Bienaventuranzas siguen teniendo un sabor evangélico especial, a veces desconcertante, pero que nos abre el corazón a la experiencia siempre nueva de sentirnos dichosos, bienaventurados, porque vamos descubriendo que hay un modo de vivir, de sentir, de compartir, de comprometerse que llena el corazón y la vida de felicidad.

Dejemos, una vez más, que las palabras de Jesús en el monte, resuenen en nosotros: Bienaventurados los pobres...bienaventurados los que lloran...Bienaventurados los que tienen hambre.... Bienaventurados los perseguidos por defender la causa de Jesús y su justicia porque ellos, encontrarán la recompensa en el cielo.

El texto concluye con una llamada a los ricos, a los que están saciados y satisfechos con su prestigio y su poder porque ellos no responden a la llamada del Reino.

Que nos dejemos impregnar y envolver por el espíritu de las Bienaventuranzas y lo expresemos en los hechos y compromisos concretos de nuestro vivir cotidiano.

ORACIÓN

Tu Palabra, Señor
siempre nueva,
siempre sorprendente,
vuelve a acariciar la montaña
y el corazón,
suscitando en mí
sentimientos encontrados.

En el monte, junto a ti,
tu Palabra
me ofrece un modelo diferente
de ser feliz,
el que brota de tu estilo
y de tu forma de vivir,
el que nace
de compartir el hambre y el dolor
con el que sufre.

Pero, si soy sincera,
en bastantes momentos
aún identifico felicidad
con cualquier forma de poseer
seguridad, prestigio, éxito, dinero.

Quizás aún busco ese modelo de felicidad
que presenta la sociedad :
el consumo que esclaviza
la apariencia brillante,
el status que da seguridad.

Repíteme, en mi hoy y en mi vida,
que seré feliz
cuando me sienta pobre,
necesitada de los otros,
cuando no desee poder ni riqueza,
cuando viva con sencillez y libertad,
compartiendo lo que soy y lo que tengo.

Repíteme, que seré feliz
cuando integre el dolor
y lo acoja como una realidad

humana y humanizadora.

Cuando mis lágrimas broten
del compartir el sufrimiento de mis hermanos
y de la indignación de constatar
que siempre pierden los mismos.
Repítame
que seré feliz,
cuando , ante la injusticia
que destroza vida y esperanzas,
me defina, me comprometa,
cuando siga hambreado y luchando por un mundo
de iguales y de hermanos.

Repítame, que seré feliz
cuando la pobreza y las necesidades de los otros
conmuevan mis entrañas,
y el perdón, compartido y regalado,
sea rostro de tu misericordia en mi.

Repítame, que seré feliz
cuando asuma la persecución
y el silenciamiento,
si han sido el precio
de la defensa de la justicia y la verdad.

Que no me encuentre
entre los ricos, los saciados,
los satisfechos de sus obras,
que viven centrados en sí mismos
y no han descubierto
la felicidad que brota de TI.

Seremos felices, Señor,
y llenaremos la tierra de flores y esperanza,
porque intentamos vivir y cantar
el espíritu de las Bienaventuranzas,
caminando hacia un mundo nuevo
dónde la felicidad ni se compra ni se vende,
se alcanza, viviendo contigo y como Tú.

Amén

(Hna. F.Oyonarte)

